

The background of the cover is a detailed, sepia-toned illustration of a gothic cityscape. A large, ornate cathedral with multiple spires and flying buttresses dominates the center. The architecture is intricate, with many windows and arches. In the sky, several large, bat-like creatures with spread wings are flying. The overall atmosphere is dark and mysterious, typical of Lovecraft's horror themes.

H. P. Lovecraft

El Miedo Que  
Acecha

**E** LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

# **EL MIEDO QUE ACECHA**

**H. P. LOVECRAFT**

**PUBLICADO: 1923  
FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG  
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

# I. LA SOMBRA EN LA CHIMENEA

Había truenos en el aire la noche en que fui a la mansión desierta en la cima de la Montaña de la Tempestad para encontrar el miedo acechante. No estaba solo, pues la temeridad no se mezclaba entonces con ese amor por lo grotesco y lo terrible que ha hecho de mi carrera una serie de búsquedas de extraños horrores en la literatura y en la vida. Conmigo iban dos hombres fieles y musculosos a los que había mandado llamar cuando llegó el momento; hombres asociados conmigo desde hacía mucho tiempo en mis espantosas exploraciones debido a su peculiar aptitud.

Habíamos partido tranquilamente del pueblo por los periodistas que aún rondaban después del pánico Eldritch de un mes antes: la pesadilla de la muerte sigilosa. Más tarde, pensé, podrían ayudarme; pero entonces no los quería. Ojalá les hubiera dejado compartir la búsqueda, para no tener que cargar con el secreto a solas durante tanto tiempo; cargar con él a solas por miedo a que el mundo me llamara loco o se volviera loco él mismo ante las implicaciones demoníacas del asunto. Ahora que lo cuento de todos modos, para que las cavilaciones no me conviertan en un maníaco, desearía no haberlo ocultado nunca. Porque yo, y sólo yo, sé qué clase de miedo acechaba en aquella montaña espectral y desolada.

En un pequeño coche motorizado recorrimos los kilómetros de bosque primitivo y colina hasta que el ascenso boscoso lo frenó. El paisaje tenía un aspecto más siniestro de lo habitual cuando lo veíamos de noche y sin las acostumbradas multitudes de investigadores, por lo que a menudo nos vimos tentados a utilizar el faro de acetileno a pesar de la atención que podría atraer. No era un paisaje agradable al anochecer, y creo que me habría dado

cuenta de su morbosidad incluso si hubiera ignorado el terror que allí acechaba. No había criaturas salvajes; son sabias cuando la muerte se acerca. Los antiguos árboles marcados por los relámpagos parecían anormalmente grandes y retorcidos, y el resto de la vegetación anormalmente espesa y febril, mientras que los curiosos montículos y mogotes en la maleza y la tierra agujereada por la fulgurita me recordaban a las serpientes y a los cráneos de los hombres muertos hinchados hasta alcanzar proporciones gigantescas.

El miedo había acechado en la Montaña de la Tempestad durante más de un siglo. Esto lo supe enseguida por los relatos periodísticos de la catástrofe que dio a conocer la región al mundo. El lugar es una elevación remota y solitaria en esa parte de los Catskills donde la civilización holandesa penetró una vez débilmente y de forma transitoria, dejando atrás, a medida que se alejaba, sólo unas pocas mansiones minadas y una degenerada población de ocupantes ilegales que habitaban lamentables caseríos en laderas aisladas. Los seres normales rara vez visitaban la localidad hasta que se formó la policía estatal, e incluso ahora sólo la patrullan con poca frecuencia. El miedo, sin embargo, es una vieja tradición en todas las aldeas vecinas; ya que es un tema primordial en el simple discurso de los pobres mestizos que a veces salen de sus valles para intercambiar cestas tejidas a mano por necesidades primitivas que no pueden disparar, criar o hacer.

El miedo acechante habitaba en la mansión Martense, rechazada y abandonada, que coronaba la alta pero gradual eminencia cuya propensión a las frecuentes tormentas eléctricas le dio el nombre de Montaña de la Tempestad. Durante más de cien años, la antigua casa de piedra rodeada de arboledas había sido objeto de historias increíblemente salvajes y monstruosamente horribles; historias de una silenciosa y colosal muerte rastrera que acechaba en verano. Con una insistencia quejumbrosa, los ocupantes ilegales contaban historias de un demonio que se apoderaba de los caminantes solitarios al anochecer, llevándoselos o dejándolos en un espantoso estado de desmembramiento roído; mientras que a veces susurraban sobre rastros de sangre hacia la lejana mansión. Algunos decían que el trueno llamaba al miedo acechante a salir de su morada, mientras que otros decían que el trueno era su voz.

Nadie fuera de los bosques había creído estas historias diversas y contradictorias, con sus descripciones incoherentes y extravagantes del demonio semidesconocido; sin embargo, ningún granjero o aldeano dudaba de que la

mansión Martense estaba macabramente embrujada. La historia local prohibía tal duda, aunque los investigadores que habían visitado el edificio después de alguna historia especialmente vívida de los ocupantes ilegales nunca encontraron pruebas fantasmales. Las abuelas contaban extraños mitos sobre el espectro de los Martense; mitos sobre la propia familia Martense, su extraña disimilitud hereditaria de ojos, sus largos y antinaturales anales y el asesinato que la había maldecido.

El terror que me llevó a la escena fue una repentina y portentosa confirmación de las leyendas más salvajes de los montañeses. Una noche de verano, después de una tormenta de una violencia sin precedentes, el campo se despertó con una estampida de ocupantes ilegales que no podía ser creada por una simple ilusión. Las lamentables multitudes de nativos chillaban y gemían por el innumerable horror que había descendido sobre ellos, y no se dudaba de ellos. No lo habían visto, pero habían oído tales gritos desde una de sus aldeas que sabían que había llegado una muerte sigilosa.

Por la mañana, los ciudadanos y las tropas estatales siguieron a los montañeses temblorosos hasta el lugar donde decían que había llegado la muerte. Efectivamente, la muerte estaba allí. El suelo bajo una de las aldeas de los ocupantes ilegales se había derrumbado tras el impacto de un rayo, destruyendo varias de las malolientes chabolas; pero a estos daños materiales se superponía una devastación orgánica que los hacía insignificantes. De unos posibles setenta y cinco nativos que habían habitado este lugar, no se veía ni un solo individuo vivo. La tierra desordenada estaba cubierta de sangre y restos humanos que mostraban con demasiada claridad los estragos de los dientes y las garras del demonio; sin embargo, ningún rastro visible se alejaba de la carnicería. Todo el mundo estuvo de acuerdo en que la causa debía ser un animal espantoso; y ninguna lengua reavivó la acusación de que esas muertes crípticas eran simplemente los sórdidos asesinatos comunes en las comunidades decadentes. Esa acusación sólo se reavivó cuando se encontró que faltaban unos veinticinco muertos de la población estimada; e incluso entonces era difícil explicar el asesinato de cincuenta de la mitad de ese número. Pero el hecho era que en una noche de verano un rayo había salido del cielo y había dejado un pueblo muerto cuyos cadáveres estaban horriblemente destrozados, masticados y con garras.

La exaltada población rural relacionó inmediatamente el horror con la mansión embrujada de Martense, aunque las localidades estaban a más de

tres millas de distancia. Los soldados se mostraron más escépticos, incluyendo la mansión sólo de forma casual en sus investigaciones, y dejándola de lado cuando la encontraron completamente desierta. La gente del campo y de la aldea, sin embargo, sondeó el lugar con infinito cuidado; volcando todo lo que había en la casa, sondeando estanques y arroyos, derribando arbustos y saqueando los bosques cercanos. Todo fue en vano; la muerte que había llegado no había dejado más rastro que la propia destrucción.

Al segundo día de la búsqueda el asunto fue tratado en su totalidad por los periódicos, cuyos reporteros recorrieron la Montaña de la Tempestad. Lo describieron con mucho detalle, y con muchas entrevistas para dilucidar la historia del horror contada por las abuelas del lugar. Al principio seguí los relatos con languidez, pues soy un conocedor de los horrores; pero al cabo de una semana detecté una atmósfera que me conmovió extrañamente, de modo que el 5 de agosto de 1921 me inscribí entre los reporteros que abarrotaban el hotel de Lefferts Corners, el pueblo más cercano a la Montaña de la Tempestad y reconocida sede de los buscadores. Tres semanas más, y la dispersión de los reporteros me dejó libre para iniciar una terrible exploración basada en las minuciosas indagaciones y prospecciones con las que me había ocupado mientras tanto.

Así que en esta noche de verano, mientras retumbaban truenos lejanos, dejé un silencioso automóvil y subí con dos compañeros armados los últimos tramos cubiertos de montículos de la Montaña de la Tempestad, lanzando los rayos de una antorcha eléctrica sobre las espectrales paredes grises que empezaban a aparecer a través de gigantescos robles por delante. En esta mórbida soledad nocturna y en la débil iluminación cambiante, la vasta pila en forma de caja mostraba oscuros indicios de terror que el día no podía descubrir; sin embargo, no dudé, ya que había venido con la feroz resolución de probar una idea. Creía que el trueno llamaba al demonio de la muerte desde algún temible lugar secreto; y fuera ese demonio una entidad sólida o una pestilencia vaporosa, tenía la intención de verlo.

Ya había registrado a fondo la ruina, por lo que tenía muy claro mi plan; elegí como sede de mi vigilia la antigua habitación de Jan Martense, cuyo asesinato ocupa un lugar tan importante en las leyendas rurales. Sentí sutilmente que el apartamento de esta antigua víctima era el mejor para mis propósitos. La cámara, que medía unos seis metros cuadrados, contenía, al igual que las demás habitaciones, algunos desechos que habían sido mue-

bles. Se encontraba en el segundo piso, en la esquina sureste de la casa, y tenía una inmensa ventana al este y una estrecha ventana al sur, ambas desprovistas de cristales o persianas. Frente a la ventana grande había una enorme chimenea holandesa con azulejos bíblicos que representaban al hijo pródigo, y frente a la ventana estrecha había una amplia cama empotrada en la pared.

Mientras el trueno de los árboles se hacía más fuerte, dispuse los detalles de mi plan. En primer lugar, fijé, una al lado de la otra, en el alféizar de la ventana grande, tres escaleras de cuerda que había traído conmigo. Sabía que llegaban a un lugar conveniente en la hierba del exterior, pues las había probado. Luego los tres arrastramos desde otra habitación un amplio somier de cuatro postes, apiñándolo lateralmente contra la ventana. Después de esparcir las ramas de abeto, todos nos apoyamos en él con las armas automáticas desenfundadas, dos descansando mientras el tercero vigilaba. Cualquiera que fuera la dirección por la que viniera el demonio, teníamos una posible vía de escape. Si venía de dentro de la casa, teníamos las escaleras de la ventana; si venía de fuera, la puerta y las escaleras. No creíamos, a juzgar por los precedentes, que nos persiguiera lejos incluso en el peor de los casos.

Estuve observando desde la medianoche hasta la una, cuando a pesar de la siniestra casa, la ventana desprotegida y los truenos y relámpagos que se acercaban, me sentí singularmente somnoliento. Estaba entre mis dos compañeros, George Bennett hacia la ventana y William Tobey hacia la chimenea. Bennett estaba dormido, al parecer había sentido la misma somnolencia anómala que me afectaba a mí, así que designé a Tobey para la siguiente guardia, aunque incluso él cabeceaba. Es curioso que haya estado observando la chimenea con tanta atención.

El aumento de los truenos debió de afectar a mis sueños, pues en el breve tiempo que dormí me vinieron visiones apocalípticas. Una vez me desperté en parte, probablemente porque el que dormía hacia la ventana me había pasado un brazo por el pecho con inquietud. No estaba lo suficientemente despierto para ver si Tobey cumplía con sus deberes de centinela, pero sentí una clara ansiedad al respecto. Nunca antes la presencia del mal me había oprimido tan conmovedoramente. Más tarde debí quedarme dormido de nuevo, porque fue de un caos fantasmal que mi mente saltó cuando la noche

se volvió espantosa con gritos más allá de mi experiencia o imaginación anteriores.

En esos chillidos, el alma más íntima del miedo y la agonía humanos arañaba desesperada y locamente las puertas de ébano del olvido. Desperté a la locura roja y a la burla del diabolismo, a medida que más y más allá de las vistas inconcebibles esa angustia fóbica y cristalina retrocedía y reverberaba. No había luz, pero supe por el espacio vacío a mi derecha que Tobey se había ido, sólo Dios sabía a dónde. Sobre mi pecho aún yacía el pesado brazo del durmiente a mi izquierda.

Entonces llegó el devastador rayo que sacudió toda la montaña, iluminó las criptas más oscuras de la vetusta arboleda y astilló al patriarca de los árboles retorcidos. En el destello demoníaco de una monstruosa bola de fuego, el durmiente se levantó súbitamente, mientras el resplandor del otro lado de la ventana arrojaba su sombra vívidamente sobre la chimenea, de la que mis ojos nunca se habían apartado. Que todavía esté vivo y cuerdo es una maravilla que no puedo comprender. No puedo comprenderlo, porque la sombra de la chimenea no era la de George Bennett ni la de ninguna otra criatura humana, sino una anomalía blasfema procedente de los cráteres más profundos del infierno; una abominación sin nombre ni forma que ninguna mente podría comprender plenamente y ninguna pluma describir siquiera parcialmente. En un segundo más, estaba solo en la mansión maldita, temblando y farfullando. George Bennett y William Tobey no habían dejado ningún rastro, ni siquiera de lucha. Nunca más se supo de ellos.



## II. UN TRANSEÚNTE EN LA TORMENTA

Durante días, después de aquella horrible experiencia en la mansión asolada por el bosque, permanecí nervioso y agotado en la habitación de mi hotel en Lefferts Corners. No recuerdo exactamente cómo me las arreglé para llegar al coche, arrancarlo y deslizarme sin ser observado de vuelta al pueblo; pues no conservo ninguna impresión clara, salvo la de árboles titanes de brazos salvajes, murmullos demoníacos de truenos y sombras caronianas sobre los montículos bajos que salpicaban y rayaban la región.

Mientras temblaba y meditaba sobre la proyección de aquella sombra que me hacía estallar el cerebro, supe que por fin había descubierto uno de los horrores supremos de la Tierra, una de esas plagas sin nombre de los vacíos exteriores cuyos débiles arañazos demoníacos oímos a veces en el borde más lejano del espacio, pero de los que nuestra propia visión finita nos ha dado una misericordiosa inmunidad. La sombra que había visto, apenas me atrevía a analizarla o identificarla. Algo se había interpuesto entre la ventana y yo aquella noche, pero me estremecía cada vez que no podía desechar el instinto de clasificarla. Si tan sólo hubiera gruñido, o aullado, o se hubiera reído a carcajadas, incluso eso habría aliviado la abismal horripilancia. Pero estaba tan silencioso. Había apoyado un pesado brazo o pata delantera en mi pecho...

Evidentemente era orgánico, o lo había sido alguna vez... Jan Martense, cuya habitación había invadido, estaba enterrado en el cementerio cerca de la mansión... Debo encontrar a Bennett y a Tobey, si es que vivían... ¿por qué los había escogido a ellos, y me había dejado a mí para el final? La somnolencia es tan sofocante, y los sueños son tan horribles...

En poco tiempo me di cuenta de que debía contar mi historia a alguien o desmoronarme por completo. Ya había decidido no abandonar la búsqueda del miedo acechante, pues en mi precipitada ignorancia me parecía que la incertidumbre era peor que la aclaración, por terrible que ésta resultara. En consecuencia, resolví en mi mente el mejor curso a seguir; a quién seleccionar para mis confidencias, y cómo rastrear la cosa que había borrado a dos hombres y proyectado una sombra de pesadilla.

Mis principales conocidos en Lefferts Corners habían sido los afables reporteros, de los que aún quedaban varios para recoger los últimos ecos de la tragedia. De entre ellos decidí elegir un colega, y cuanto más reflexionaba más se inclinaba mi preferencia por un tal Arthur Munroe, un hombre moreno y delgado de unos treinta y cinco años, cuya educación, gusto, inteligencia y temperamento parecían marcarlo como alguien no ligado a las ideas y experiencias convencionales.

Una tarde de principios de septiembre, Arthur Munroe escuchó mi historia. Desde el principio me di cuenta de que estaba interesado y era comprensivo, y cuando terminé analizó y discutió el asunto con la mayor sagacidad y criterio. Su consejo, además, fue eminentemente práctico, pues recomendó posponer las operaciones en la mansión Martense hasta que pudiéramos fortalecernos con datos históricos y geográficos más detallados. Por iniciativa suya, buscamos en el campo información sobre la terrible familia Martense, y descubrimos a un hombre que poseía un diario ancestral maravillosamente esclarecedor. También hablamos largo y tendido con los mestizos de la montaña que no habían huido del terror y la confusión a laderas más remotas, y la pendiente volvió a buscar guaridas y cuevas, pero todo sin resultado. Sin embargo, como ya he dicho, nuevos y vagos temores se cernían amenazantes sobre nosotros; como si gigantescos grifos con alas de murciélago se asomaran a los golfos transcósmicos.

A medida que avanzaba la tarde, se hacía cada vez más difícil ver; y oímos el estruendo de una tormenta eléctrica que se acumulaba sobre la Montaña de la Tempestad. Este sonido, en una localidad como ésta, nos agitó naturalmente, aunque menos de lo que lo hubiera hecho por la noche. Así las cosas, esperábamos desesperadamente que la tormenta durara hasta bien entrada la noche, y con esa esperanza nos desviamos de nuestra búsqueda sin rumbo en la ladera hacia la aldea habitada más cercana para reunir un grupo de ocupantes ilegales que nos ayudaran en la investigación. Aunque

eran tímidos, algunos de los hombres más jóvenes se sintieron lo suficientemente inspirados por nuestro liderazgo protector como para prometer dicha ayuda.

Sin embargo, apenas habíamos dado la vuelta cuando cayó una lluvia torrencial tan cegadora que el refugio se hizo imperativo. La extrema y casi nocturna oscuridad del cielo nos hizo retroceder mucho, pero guiados por los frecuentes destellos de los relámpagos y por nuestro minucioso conocimiento de la aldea pronto llegamos a la cabaña menos permeable del lugar; una combinación heterogénea de troncos y tablas cuya puerta aún existente y una única y diminuta ventana daban a Maple Hill. Cerrando la puerta tras nosotros contra la furia del viento y la lluvia, colocamos el tosco postigo de la ventana que nuestras frecuentes búsquedas nos habían enseñado a encontrar. Era lúgubre estar allí sentados en cajas desvencijadas en la oscuridad total, pero fumábamos en pipa y de vez en cuando encendíamos nuestras lámparas de bolsillo. De vez en cuando podíamos ver los relámpagos a través de las grietas de la pared; la tarde era tan increíblemente oscura que cada destello era extremadamente vívido.

La tormentosa vigilia me recordó estremecedoramente mi espantosa noche en la Montaña de la Tempestad. Mi mente volvió a la extraña pregunta que se repetía desde que ocurrió la pesadilla; y de nuevo me pregunté por qué el demonio, acercándose a los tres vigilantes desde la ventana o desde el interior, había empezado por los hombres de cada lado y había dejado al del medio hasta el último, cuando la titánica bola de fuego lo había espantado. ¿Por qué no había tomado sus víctimas en orden natural, conmigo mismo en segundo lugar, desde cualquier dirección que se hubiera acercado? ¿Con qué clase de tentáculos de largo alcance hacía presa? ¿O es que sabía que yo era el líder y me reservaba un destino peor que el de mis compañeros?

En medio de estas reflexiones, como si se hubiera dispuesto dramáticamente para intensificarlas, cayó cerca un tremendo rayo seguido del sonido de la tierra deslizándose. Al mismo tiempo, el viento lobuno se elevó a crecendos endemoniados de ululación. Estábamos seguros de que el único árbol de Maple Hill había sido golpeado de nuevo, y Munroe se levantó de su caja y se dirigió a la pequeña ventana para comprobar los daños. Cuando abrió la persiana, el viento y la lluvia aullaban ensordecidamente, de

modo que no pude oír lo que decía; pero esperé mientras se asomaba y trataba de comprender el pandemónium de la naturaleza.

Poco a poco, la calma del viento y la dispersión de la inusual oscuridad indicaron que la tormenta había pasado. Esperaba que durara hasta la noche para ayudar a nuestra búsqueda, pero un rayo de sol furtivo procedente de un nudo detrás de mí eliminó la probabilidad de que así fuera. Sugiriendo a Munroe que era mejor que nos alumbráramos aunque llegaran más chubascos, descerrajé y abrí la tosca puerta. El suelo del exterior era una singular masa de barro y charcos, con montones de tierra fresca procedentes del ligero desprendimiento; pero no vi nada que justificara el interés que mantenía a mi compañero asomado en silencio a la ventana. Al cruzar hasta donde estaba asomado, le toqué el hombro, pero no se movió. Entonces, cuando lo sacudí en broma y lo hice girar, sentí los zarcillos estranguladores de un horror canceroso cuyas raíces llegaban a pasados ilimitados y a abismos insondables de la noche que se cierne más allá del tiempo.

Porque Arthur Munroe estaba muerto. Y en lo que quedaba de su cabeza masticada y desgarrada ya no había un rostro.

### III. LO QUE SIGNIFICABA EL RESPLANDOR ROJO

En la tempestuosa noche del 8 de noviembre de 1921, con una linterna que proyectaba sombras cadavéricas, me quedé cavando solo e idiota en la tumba de Jan Martense. Había empezado a cavar por la tarde, porque se avecinaba una tormenta, y ahora que estaba oscuro y la tormenta había estallado por encima del maniático y espeso follaje me alegré.

Creo que mi mente estaba en parte desquiciada por los acontecimientos ocurridos desde el 5 de agosto; la sombra del demonio en la mansión, la tensión y la decepción general, y lo ocurrido en el caserío en una tormenta de octubre. Después de eso, había cavado una tumba para alguien cuya muerte no podía entender. Sabía que los demás tampoco podían entenderlo, así que dejé que pensarán que Arthur Munroe se había marchado. Buscaron, pero no encontraron nada. Los ocupantes ilegales podrían haber comprendido, pero no me atreví a asustarlos más. Yo mismo parecía extrañamente insensible. Aquella conmoción en la mansión había hecho mella en mi cerebro, y sólo podía pensar en la búsqueda de un horror que ahora había alcanzado una talla cataclísmica en mi imaginación; una búsqueda que el destino de Arthur Munroe me hizo jurar que mantendría en silencio y en soledad.

La escena de mis excavaciones habría sido suficiente para inquietar a cualquier hombre normal. Unos árboles primigenios de tamaño, edad y grotescos se asomaban por encima de mí como los pilares de un templo druídico infernal, amortiguando los truenos, silenciando el viento y admitiendo muy poca lluvia. Más allá de los troncos cicatrizados en el fondo, ilumina-

dos por débiles destellos de relámpagos filtrados, se alzaban las húmedas piedras cubiertas de hiedra de la mansión desierta, mientras que algo más cerca estaba el abandonado jardín holandés cuyos paseos y lechos estaban contaminados por una vegetación blanca, fúngica, fétida y sobrealimentada que nunca veía la luz del día. Y más cerca de todo estaba el cementerio, donde los árboles deformes agitaban ramas insanas mientras sus raíces desplazaban las losas profanas y chupaban el veneno de lo que había debajo. De vez en cuando, bajo el manto marrón de las hojas que se pudrían y supuraban en la oscuridad del bosque antediluviano, podía trazar los siniestros contornos de algunos de esos montículos bajos que caracterizaban la región atravesada por el rayo.

La historia me había conducido a esta arcaica tumba. La historia, en efecto, era todo lo que tenía después de que todo lo demás terminara en un satanismo burlón. Ahora creía que el miedo que acechaba no era un ser material, sino un fantasma con colmillos de lobo que cabalgaba el rayo de medianoche. Y creía, por las masas de tradición local que había desenterrado en la búsqueda con Arthur Munroe, que el fantasma era el de Jan Martense, muerto en 1762. Por eso estaba cavando de forma idiota en su tumba.

La mansión Martense fue construida en 1670 por Gerrit Martense, un acaudalado comerciante de Nueva Ámsterdam al que no le gustaba el cambio de orden bajo la dominación británica, y que construyó este magnífico domicilio en una remota cumbre boscosa cuya soledad no transitada y su inusual paisaje le agradaban. La única decepción importante que encontró en este lugar fue la relativa a la prevalencia de violentas tormentas eléctricas en verano. Cuando eligió la colina y construyó su mansión, Mynheer Martense había atribuido estos frecuentes estallidos naturales a alguna peculiaridad del año; pero con el tiempo se dio cuenta de que la localidad era especialmente propensa a tales fenómenos. Al final, al ver que estas tormentas eran perjudiciales para su cabeza, habilitó un sótano en el que poder refugiarse de su más salvaje pandemónium.

De los descendientes de Gerrit Martense se sabe menos que de él mismo, ya que todos fueron criados en el odio a la civilización inglesa y entrenados para evitar a los colonos que la aceptaban. Su vida era muy aislada, y la gente declaraba que su aislamiento los había vuelto pesados en el habla y la comprensión. Su aspecto se caracterizaba por una peculiar disimilitud heredada en los ojos: uno era generalmente azul y el otro marrón. Sus contactos

sociales eran cada vez más escasos, hasta que al final empezaron a casarse con la numerosa clase servil de la finca. Muchos de los miembros de la familia se degeneraron, se trasladaron al otro lado del valle y se mezclaron con la población mestiza que más tarde daría lugar a los lamentables ocupantes ilegales. El resto se aferró hoscamente a su mansión ancestral, volviéndose cada vez más clanes y taciturnos, pero desarrollando una respuesta nerviosa a las frecuentes tormentas.

La mayor parte de esta información llegó al mundo exterior a través del joven Jan Martense, que por alguna inquietud se unió al ejército colonial cuando las noticias de la Convención de Albany llegaron a la Montaña de la Tempestad. Fue el primero de los descendientes de Gerrit en ver gran parte del mundo; y cuando regresó en 1760 tras seis años de campaña, fue odiado como un extraño por su padre, tíos y hermanos, a pesar de sus disímiles ojos de Martense. Ya no podía compartir las peculiaridades y prejuicios de los martenses, mientras que las propias tormentas de la montaña no le embriagaban como antes. En cambio, su entorno lo deprimía; y frecuentemente escribía a un amigo en Albany sobre sus planes de abandonar el techo paterno.

En la primavera de 1763 Jonathan Gifford, el amigo de Albany de Jan Martense, se preocupó por el silencio de su corresponsal; especialmente en vista de las condiciones y peleas en la mansión Martense. Decidido a visitar a Jan en persona, se adentró en las montañas a caballo. Su diario dice que llegó a la Montaña de la Tempestad el 20 de septiembre, encontrando la mansión en gran decadencia. Los Martenses, hoscos y de ojos raros, cuyo aspecto de animal sucio le chocó, le dijeron en gárgaras rotas que Jan estaba muerto. Insistieron en que le había caído un rayo el otoño anterior y que ahora yacía enterrado detrás de los descuidados jardines hundidos. Le mostraron al visitante la tumba, estéril y desprovista de señalización. Algo en los modales de los Martenses le produjo a Gifford un sentimiento de repulsión y sospecha, y una semana después volvió con pala y azadón a explorar el lugar sepulcral. Encontró lo que esperaba: un cráneo aplastado cruelmente, como si se tratara de golpes salvajes, así que al volver a Albany acusó abiertamente a los Martense del asesinato de su pariente.

No había pruebas legales, pero la historia se extendió rápidamente por el campo, y desde entonces los Martenses fueron condenados al ostracismo. Nadie quería tratar con ellos, y su lejana mansión fue rechazada como un

lugar maldito. De alguna manera, se las arreglaron para vivir de forma independiente gracias al producto de su finca, ya que las luces ocasionales que se vislumbraban desde las lejanas colinas atestiguaban su presencia continua. Estas luces se vieron hasta 1810, pero hacia el final se volvieron muy infrecuentes.

Mientras tanto, creció en torno a la mansión y la montaña un conjunto de leyendas diabólicas. El lugar se evitaba con doble asiduidad, y se invistió con todos los mitos susurrados que la tradición podía proporcionar. Permaneció sin ser visitado hasta 1816, cuando los ocupantes ilegales notaron la ausencia continua de luces. En ese momento, un grupo investigó y encontró la casa desierta y parcialmente en ruinas.

No había esqueletos en los alrededores, por lo que se dedujo la existencia de una partida y no de una muerte. El clan parecía haberse ido varios años antes, y los áticos improvisados mostraban lo numeroso que había sido antes de su migración. Su nivel cultural había caído muy bajo, como demostraban los muebles en descomposición y la platería dispersa que debían de haber abandonado hace tiempo cuando sus dueños se marcharon. Pero aunque los temidos Martenses se habían ido, el miedo a la casa encantada continuaba; y se agudizaba cuando surgían nuevas y extrañas historias entre los decadentes de la montaña. Allí estaba, abandonada, temida y vinculada al fantasma vengativo de Jan Martense. Allí seguía la noche en que cavé en la tumba de Jan Martense.

He descrito mi prolongada excavación como una idiotez, y así fue, en efecto, en cuanto a su objeto y método. El féretro de Jan Martense había sido desenterrado rápidamente -ahora sólo contenía polvo y salitre-, pero en mi furia por exhumar su fantasma profundicé irracional y torpemente debajo de donde había yacido. Dios sabe qué esperaba encontrar; sólo sentí que estaba cavando en la tumba de un hombre cuyo fantasma acechaba de noche.

Es imposible decir a qué monstruosa profundidad había llegado cuando mi pala, y pronto mis pies, rompieron el suelo. El acontecimiento, dadas las circunstancias, fue tremendo; pues en la existencia de un espacio subterráneo aquí, mis locas teorías tenían una terrible confirmación. Mi leve caída había apagado la linterna, pero saqué una lámpara eléctrica de bolsillo y vi el pequeño túnel horizontal que se alejaba indefinidamente en ambas direc-



ciones. Era lo suficientemente grande como para que un hombre pudiera escurrirse por él; y aunque ninguna persona en su sano juicio lo hubiera intentado en aquel momento, olvidé el peligro, la razón y la limpieza en mi fiebre por desenterrar el miedo que me acechaba. Eligiendo la dirección hacia la casa, me metí temerariamente en la estrecha madriguera; avanzando ciega y rápidamente, y encendiendo muy pocas veces la lámpara que tenía delante.

¿Qué lenguaje puede describir el espectáculo de un hombre perdido en una tierra infinitamente abismal; dando zarpazos, retorciéndose, resollando; revolviéndose enloquecido a través de las circunvoluciones hundidas de una negrura inmemorial sin una idea de tiempo, seguridad, dirección u objeto definido? Hay algo horrible en ello, pero eso es lo que hice. Lo hice durante tanto tiempo que la vida se desvaneció hasta convertirse en un recuerdo lejano, y me convertí en uno con los topos y las larvas de las profundidades nocturnas. De hecho, fue sólo por accidente que, tras interminables retorcimientos, encendí mi olvidada lámpara eléctrica, de modo que brilló inquietantemente a lo largo de la madriguera de marga apelmazada que se extendía y curvaba por delante.

Llevaba ya un buen rato avanzando de este modo, de modo que mi batería se había agotado, cuando el pasaje se inclinó de repente bruscamente hacia arriba, alterando mi modo de avanzar. Y al levantar la mirada, vi sin previo aviso dos reflejos endemoniados de mi lámpara que se extinguía; dos reflejos que brillaban con una efusividad nefasta e inconfundible, y que provocaban recuerdos enloquecedoramente nebulosos. Me detuve automáticamente, aunque me faltó cerebro para retroceder. Los ojos se acercaron, pero de la cosa que los llevaba sólo pude distinguir una garra. Pero ¡qué garra! Entonces, a lo lejos, oí un débil estruendo que reconocí. Era el trueno salvaje de la montaña, elevado a la furia histérica; debía de llevar algún tiempo arrastrándome hacia arriba, de modo que la superficie estaba ahora bastante cerca. Y mientras el sordo trueno retumbaba, aquellos ojos seguían mirando con vacua saña.

Gracias a Dios no sabía entonces lo que era, pues de lo contrario habría muerto. Pero me salvó el mismo trueno que lo había convocado, pues tras una horrenda espera estalló desde el invisible cielo exterior uno de esos frecuentes rayos hacia la montaña cuyas secuelas había notado aquí y allá como tajos de tierra removida y fulguritas de diversos tamaños. Con una

furia ciclópea, atravesó el suelo por encima de aquel maldito pozo, cegándome y ensordeciéndome, pero sin reducirme del todo al coma. En el caos de la tierra que se deslizaba y cambiaba de lugar, me arrastré con las garras y me tambaleé sin poder hacer nada hasta que la lluvia que caía sobre mi cabeza me tranquilizó y vi que había salido a la superficie en un lugar que me era familiar: un lugar escarpado y sin vegetación en la ladera suroeste de la montaña. Los relámpagos recurrentes iluminaban el suelo desplomado y los restos del curioso montículo bajo que se había extendido desde la ladera superior boscosa, pero no había nada en el caos que indicara mi lugar de salida de la catacumba letal. Mi cerebro era un caos tan grande como la tierra, y cuando un lejano resplandor rojo irrumpió en el paisaje desde el sur, apenas me di cuenta del horror por el que había pasado.

Pero cuando dos días más tarde los ocupantes me contaron lo que significaba el resplandor rojo, sentí más horror que el que me habían provocado el surco de moho y la garra y los ojos; más horror por las implicaciones abrumadoras. En una aldea a veinte millas de distancia, una orgía de miedo había seguido al rayo que me llevó a la superficie, y una cosa sin nombre había caído desde un árbol colgante a una cabaña de techo débil. Había hecho una hazaña, pero los ocupantes ilegales habían disparado la cabaña con frenesí antes de que pudiera escapar. Había estado haciendo ese movimiento en el mismo momento en que la tierra se derrumbó sobre la cosa con la garra y los ojos.

## IV. EL HORROR EN LOS OJOS

No puede haber nada normal en la mente de alguien que, sabiendo lo que yo sabía de los horrores de la Montaña de la Tempestad, busque en solitario el miedo que allí acecha. El hecho de que al menos dos de las personificaciones del miedo fueran destruidas, no constituía más que una ligera garantía de seguridad mental y física en este Aqueronte de diabolismo multiforme; sin embargo, continué mi búsqueda con un celo aún mayor a medida que los acontecimientos y las revelaciones se volvían más monstruosos. Cuando, dos días después de mi espantoso arrastre a través de aquella cripta de los ojos y la garra, supe que una cosa se había cernido malignamente a veinte millas de distancia en el mismo instante en que los ojos me miraban, experimenté virtuales convulsiones de espanto. Pero ese miedo estaba tan mezclado con el asombro y la grotesca seducción, que era casi una sensación agradable. A veces, en la agonía de una pesadilla, cuando los poderes invisibles le hacen a uno girar sobre los tejados de extrañas ciudades muertas hacia el abismo sonriente de Nis, es un alivio e incluso un placer gritar salvajemente y lanzarse voluntariamente junto con el horrible vórtice de la perdición onírica a cualquier abismo sin fondo que pueda bostezar. Y así fue con la pesadilla andante de la Montaña de la Tempestad; el descubrimiento de que dos monstruos habían rondado el lugar me dio finalmente un loco deseo de sumergirme en la misma tierra de la región maldita, y con las manos desnudas desenterrar la muerte que asomaba de cada centímetro del suelo venenoso.

Tan pronto como me fue posible, visité la tumba de Jan Martense y cavé en vano donde había cavado antes. Algún derrumbe extenso había borrado

todo rastro del pasaje subterráneo, mientras que la lluvia había arrastrado tanta tierra hacia la excavación que no pude saber a qué profundidad había cavado aquel otro día. También hice un difícil viaje a la lejana aldea donde se había quemado a la criatura de la muerte, y no obtuve mucha recompensa por mis esfuerzos. Entre las cenizas de la fatídica cabaña encontré varios huesos, pero aparentemente ninguno del monstruo. Los ocupantes de la cabaña dijeron que la criatura sólo había tenido una víctima; pero en esto juzgué que eran inexactos, ya que además del cráneo completo de un ser humano, había otro fragmento óseo que parecía haber pertenecido ciertamente a un cráneo humano en algún momento. Aunque se había visto la rápida caída del monstruo, nadie podía decir cómo era la criatura; los que la habían vislumbrado la llamaban simplemente diablo. Al examinar el gran árbol en el que había acechado, no pude distinguir ninguna marca distintiva. Intenté encontrar algún rastro en el bosque negro, pero en esta ocasión no pude soportar la visión de aquellos troncos mórbidamente grandes, ni de aquellas vastas raíces en forma de serpiente que se retorcían tan malévolamente antes de hundirse en la tierra.

Mi siguiente paso fue reexaminar con cuidado microscópico la aldea desierta donde la muerte había llegado con mayor abundancia, y donde Arthur Munroe había visto algo que nunca vivió para describir. Aunque mis vanas búsquedas anteriores habían sido excesivamente minuciosas, ahora tenía nuevos datos que comprobar; pues mi horrible rastreo de tumbas me convenció de que al menos una de las fases de la monstruosidad había sido una criatura subterránea. Esta vez, el 14 de noviembre, mi búsqueda se centró sobre todo en las laderas de la Montaña del Cono y de la Colina del Arce, desde donde se domina la desafortunada aldea, y presté especial atención a la tierra suelta de la región de los desprendimientos en esta última eminencia.

La tarde de mi búsqueda no trajo nada a la luz, y el crepúsculo llegó cuando estaba en la Colina del Arce mirando hacia la aldea y a través del valle hacia la Montaña de la Tempestad. Había habido una magnífica puesta de sol, y ahora salía la luna, casi llena y derramando un torrente de plata sobre la llanura, la lejana ladera de la montaña y los curiosos montículos bajos que se alzaban aquí y allá. Era una pacífica escena arcádica, pero sabiendo lo que escondía la odiaba. Odiaba la luna burlona, la llanura hipócrita, la montaña enconada y aquellos montículos siniestros. Todo me parecía conta-

minado por un repugnante contagio, e inspirado por una nociva alianza con distorsionados poderes ocultos.

En un momento dado, mientras contemplaba abstraído el panorama iluminado por la luna, mi vista se vio atraída por algo singular en la naturaleza y disposición de cierto elemento topográfico. Sin tener ningún conocimiento exacto de geología, desde el principio me habían interesado los extraños montículos y mogotes de la región. Me había dado cuenta de que estaban bastante distribuidos alrededor de la Montaña de la Tempestad, aunque eran menos numerosos en la llanura que cerca de la propia cima de la colina, donde la glaciación prehistórica había encontrado sin duda una oposición más débil a sus llamativos y fantásticos caprichos. Ahora, a la luz de aquella luna baja que proyectaba largas y extrañas sombras, me llamó poderosamente la atención que los diversos puntos y líneas del sistema de montículos tenían una relación peculiar con la cumbre de la Montaña de la Tempestad. Aquella cumbre era innegablemente un centro desde el que las líneas o hileras de puntos irradiaban indefinida e irregularmente, como si la malsana mansión Martense hubiera lanzado visibles tentáculos de terror. La idea de tales tentáculos me produjo un estremecimiento inexplicable, y me detuve a analizar mis razones para creer en estos montículos como fenómenos glaciales.

Cuanto más analizaba, menos creía, y contra mi mente recién abierta comenzaron a batirse analogías grotescas y horribles basadas en aspectos superficiales y en mi experiencia bajo la tierra. Antes de darme cuenta estaba pronunciando para mí mismo palabras frenéticas e inconexas: "¡Dios mío! . . . Molehills... el maldito lugar debe ser un panal... cuántos... aquella noche en la mansión... se llevaron primero a Bennett y a Tobey... a cada lado de nosotros..." Entonces estaba cavando frenéticamente en el montículo que se había extendido más cerca de mí; cavando desesperadamente, con escalofríos, pero casi con júbilo; cavando y por fin gritando en voz alta con alguna emoción no comprendida al dar con un túnel o madriguera igual al que había atravesado en la otra noche demoníaca.

Después recuerdo haber corrido, pala en mano; una carrera espantosa a través de praderas marcadas por la luna y montículos y a través de abismos enfermos y precipitados del bosque de la ladera embrujada; saltando gritando, jadeando, saltando hacia la terrible mansión Martense. Recuerdo haber cavado sin razón en todos los rincones del sótano, lleno de zarzas; cavar

para encontrar el núcleo y el centro de aquel maligno universo de montículos. Y luego recuerdo cómo me reí cuando tropecé con el pasadizo; el agujero en la base de la vieja chimenea, donde crecía la espesa maleza y proyectaba extrañas sombras a la luz de la solitaria vela que casualmente llevaba conmigo. No sabía qué era lo que aún quedaba en aquella colmena infernal, acechando y esperando que el trueno lo despertara. Habían matado a dos; tal vez eso había terminado. Pero seguía existiendo esa ardiente determinación de alcanzar el secreto más íntimo del miedo, que una vez más había llegado a considerar definido, material y orgánico.

Mi indecisa especulación sobre si explorar el pasaje solo e inmediatamente con mi linterna de bolsillo o tratar de reunir un grupo de ocupantes ilegales para la búsqueda, se vio interrumpida al cabo de un rato por una repentina ráfaga de viento procedente del exterior que apagó la vela y me dejó en la más absoluta oscuridad. La luna ya no brillaba a través de los resquicios y aberturas que había sobre mí, y con una sensación de fatídica alarma oí el siniestro y significativo estruendo de un trueno que se acercaba. Una confusión de ideas asociadas se apoderó de mi cerebro, llevándome a tientas hacia el rincón más lejano del sótano. Mis ojos, sin embargo, nunca se apartaron de la horrible abertura en la base de la chimenea; y empecé a vislumbrar los ladrillos que se desmoronaban y la maleza malsana mientras los débiles resplandores de los relámpagos penetraban en la maleza del exterior e iluminaban los resquicios de la pared superior. Cada segundo me consumía una mezcla de miedo y curiosidad. ¿Qué llamaría la tormenta? ¿O quedaba algo que pudiera llamar? Guiado por un relámpago, me acomodé detrás de un denso grupo de vegetación, a través del cual podía ver la abertura sin ser visto.

Si el cielo es misericordioso, algún día borraré de mi conciencia el espectáculo que vi, y me dejará vivir mis últimos años en paz. Ahora no puedo dormir por la noche, y tengo que tomar opiáceos cuando truena. La cosa llegó de forma abrupta y sin previo aviso; un demonio, una rata que se escabullía desde fosas remotas e inimaginables, un jadeo infernal y gruñidos ahogados, y luego, desde aquella abertura bajo la chimenea, un estallido de vida multitudinaria y leprosa: un repugnante torrente nocturno de corrupción orgánica más devastadoramente horrible que las más negras conjuraciones de la locura y la morbosidad mortales. Hirviendo, guisando, surgiendo, burbujeando como el limo de las serpientes, salió de aquel enorme agu-

jero, extendiéndose como un contagio séptico y fluyendo desde el sótano por cada punto de salida, para esparcirse por los malditos bosques de medianoche y sembrar el miedo, la locura y la muerte.

Dios sabe cuántos eran; debían de ser miles. Ver el torrente de ellos en aquel débil relámpago intermitente era estremecedor. Cuando se redujeron lo suficiente como para poder ser vistos como organismos separados, vi que eran diablos o simios peludos, enanos y deformes, caricaturas monstruosas y diabólicas de la tribu de los monos. Estaban tan horriblemente silenciosos; apenas se oyó un chillido cuando uno de los últimos rezagados se volvió con la habilidad de una larga experiencia para hacer una presa de la manera habitual en un compañero más débil. Otros se apoderaron de lo que dejaba y se lo comieron con avidez. Entonces, a pesar de mi aturdimiento por el miedo y el asco, triunfó mi morbosa curiosidad; y cuando la última de las monstruosidades rezumaba sola desde aquel mundo inferior de pesadilla desconocida, saqué mi pistola automática y le disparé al amparo del trueno.

Sombras chillonas, escurridizas y torrenciales de roja locura viscosa persiguiéndose unas a otras a través de interminables y ensangrentados corredores de cielo púrpura fulgurante... fantasmas sin forma y mutaciones caleidoscópicas de una escena macabra y recordada; bosques de monstruosos robles sobrealimentados con raíces de serpiente que se retuercen y chupan jugos innombrables de una tierra verminosa con millones de demonios caníbales; tentáculos como montículos que tantean desde núcleos subterráneos de perversión polipoidea. . . rayos dementes sobre malignos muros de hiedra y arcadas demoníacas ahogadas con vegetación fúngica. . . Agradezca el cielo el instinto que me llevó inconsciente a los lugares donde habitan los hombres; a la pacífica aldea que dormía bajo las tranquilas estrellas de los cielos despejados.

Me había recuperado lo suficiente en una semana como para enviar a Albany una cuadrilla de hombres que volaran con dinamita la mansión Martense y toda la cima de la Montaña de la Tempestad, taparan todos los túmulos descubiertos y destruyeran ciertos árboles sobrealimentados cuya sola existencia parecía un insulto a la cordura. Pude dormir un poco después de que hicieran esto, pero el verdadero descanso nunca llegará mientras recuerde ese secreto sin nombre del miedo acechante. La cosa me perseguirá, porque ¿quién puede decir que el exterminio es completo, y que no existen fenómenos análogos en todo el mundo? ¿Quién puede, con mis conocimien-

tos, pensar en las cavernas desconocidas de la tierra sin un temor pesadillesco a las posibilidades futuras? No puedo ver un pozo o una boca de metro sin estremecerme... ¿por qué los médicos no pueden darme algo que me haga dormir, o calmar de verdad mi cerebro cuando truena?

Lo que vi en el resplandor de la linterna después de disparar al inefable objeto rezagado fue tan simple que transcurrió casi un minuto antes de que comprendiera y delirara. El objeto era nauseabundo; una sucia cosa blanquecina de gorila con afilados colmillos amarillos y pelaje enmarañado. Era el último producto de la degeneración mamífera; el espantoso resultado del desove aislado, la multiplicación y la nutrición caníbal por encima y por debajo de la tierra; la encarnación de todo el gruñido y el caos y el miedo sonriente que acechan a la vida. Me había mirado mientras moría, y sus ojos tenían la misma extraña cualidad que marcaban aquellos otros ojos que me habían mirado fijamente bajo tierra y excitaban recuerdos turbios. Un ojo era azul, el otro marrón. Eran los disímiles ojos de Martense de las viejas leyendas, y supe en un cataclismo inundante de horror sin voz lo que había sido de aquella familia desaparecida; la terrible y enloquecida casa de Martense.

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE**  
**[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO  
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**